

Introducción

Eduardo Jordá López

Autor

Cuando el Profesor Francisco Forriol me encargó escribir los 75 años de vida de la SECOT, le dije inmediatamente que sí, sin pensar a lo que me comprometía. Me ha costado casi un año de trabajo leer los múltiples documentos, organizarlos, clasificarlos y, por fin, transcribirlos. No puedo seguir sin agradecer la inestimable ayuda de Esther Coy, del propio Francisco Forriol y de Ana Recuero, pues sin ellos, no habría sido posible culminar la obra. Mi reconocimiento y mi gratitud.

Este trabajo me ha servido para poder analizar la historia de la SECOT, pues he pretendido que sean sus propios personajes y sus acontecimientos los que la escriban, evitando cualquier interpretación subjetiva por mi parte. Me he limitado a ser puro pendolista —no me gustaría haberme comportado como el novicio que, en el margen, escribió el poema al gato Pangur Ban— en la mayoría de los documentos pues, dada su gran extensión, no he tenido más remedio que resumirlos. Por ello, pido perdón a sus autores si piensan que no lo he hecho eficazmente u observan alguna mala interpretación.

Tengo el número 109 de socio de SECOT y fui admitido como tal en 1956. He pagado mis cuotas hasta octubre de 1998, cuando me retiré, a los 70 años, y pasé a ser miembro emérito. Esta situación me permite hacer algunas preguntas y darme también su respuesta. La primera sería, ¿qué he dado yo a la SECOT? He presidido tres congresos: el de 1966, el de 1975 (Hispano-Francés), y el de 1985, durante el 50.º Aniversario. Me he presentado cuatro veces a la Vicepresidencia, en 1985, en 1986, en 1988 y en 1990, como veréis al leer esta historia de la SECOT. No lo conseguí en ninguna de ellas. He contribuido económicamente al sostén de la Sociedad, además de con mis cuotas, comprando parte de la sede de la calle Orense, pues se estableció que los socios pagásemos una derrama especial. He escrito varios capítulos del libro Historia de la SECOT, además del que hoy se presenta. A continuación, habría que preguntarse, ¿qué me ha dado la SECOT? Y la respuesta podría ser, en principio, muy pobre: la Revista cada dos meses y poco más. Pero esto no es así. Los éxitos alcanzados por la SECOT, tanto nacional como internacionalmente, han sido enormes, algo impensable hace unos pocos años e, indiscutiblemente, han significado unos enormes beneficios para todos nosotros; han mejorado la presencia de traumatólogos españoles y la SECOT forma parte de las Sociedades más activas del panorama europeo.

La SECOT ha empujado a los residentes a que se asocien, creando múltiples becas y ayudas para asistir a cursos o estancias en el extranjero. Pero esto no basta. Hay que pensar que los especialistas también necesitan atenciones y

apoyo por parte de nuestra Sociedad. Desgraciadamente, no he podido contar en este aniversario con la indexación de nuestra Revista y no creo que lo consigamos mientras nosotros mismos no nos ilusionemos con ella, ni seamos capaces de mandar muchos y buenos trabajos, ni citemos los artículos de la Revista cuando enviamos otros a revistas internacionales.

Por último, toda mi vida he pensado en la SECOT como una Sociedad científica y, en la actualidad, además, tiene un aire empresarial. Son aspectos que nos cuesta comprender a los que empezamos allá en los años 50 y veníamos con el único interés de aprender y discutir nuestros conocimientos; agotadores viajes por carretera o tren, que compensaban unos días escuchando y hablando de lo nuestro con quien no nos veíamos a menudo, sin olvidar las ahora divertidas discusiones entre escuelas, tendencias o personas.

Como decía, los objetivos alcanzados por la SECOT han sido, y siguen siendo, enormes; hace unos pocos años, inalcanzables. Hay que felicitarse por ello, pero espero que, después de leer este libro, las Juntas que sigan y los socios que vengan no olviden nunca en revertir en la Sociedad —que es de todos sus socios— las ganancias científicas, económicas y sociales, para llegar a los 100 años con tanto esfuerzo, ilusión y dedicación como hasta ahora.